

EL PAPAMOSCAS Y SU TIO,

PERIODICO DE LOS POBRES.



Contienda doméstica.

Nada puede igualarse á la tranquilidad con que D. Cenon en compañía de su sobrino Serapio se cenaba su taza de caldo y su ensalada de chirivías, para buscar en el sosiego de la noche el descanso de las fatigas del día. Ves, hijo mio, qué preciosa es nuestra posición? decía D. Cenon á Serapio; ¡quién no envidiará esta paz que nos rodea! No disfrutamos riquezas á la verdad, ni tenemos coches, ni somos hombres que eclipsan á los demás con su poder; pero en cambio dormimos como tudesco cuando el tiempo nos lo permite; tenemos una conciencia serena, y esta sobriedad con que satisfacemos nuestro apetito, nos libra de las horribles indigestiones y apoplejías, que por lo regular acometen á los que abusan de los manjares y de las bebidas espirituosas. El agua pura, fresca y cristalina, es el mas precioso digestivo que se conoce, por mas que muchos médicos poco conocedores de las leyes de la naturaleza opinen lo contrario, y por mas que los apasionados á la bebida digan que el vino es la leche de los viejos; el vino, Serapio, es un veneno lento y entorpecedor, y solo proporciona una vejez trémula y pesada, que generalmente acomete á los gastrónomos. Por esto, sobrino mio, no daremos nunca las suficientes gra-

rias al Todopoderoso, por habernos concedido la felicidad de ser pobres, y por habernos dado los medios de satisfacer nuestras cortísimas necesidades. ¿No opinas tú lo mismo, Serapio? te cambiarías por un ministro ó por un príncipe?

Papamoscas, que con la planta del pié sobre el mismo asiento de su silla, los brazos cruzados por la pierna y barba sobre la rodilla, habia escuchado absorto á su tío, no pudo ya resistir sus últimas palabras, y exclamó: Santo Cristo de los desconciertos! librad á mi pobre tío Cenón de el tan terrible en que se encuentra su cabeza! pues á lo que veo he de tenerme que poner en cuatro pies y cargar con él para Zaragoza!

—No comprendo tu asombro, Serapio, ni encuentro el por qué te parece desconcertado mi razonamiento.

—Por S. Epifanio, que cada vez me convenzo mas y mas de que V. ha perdido la chola! con que llama razonamiento á la serie de barbaridades que acaba de ensartar? Hombre, váyase V. á dormir, porque está brutalizando por todas las coyunturas de su cuerpo.

—Cafre, así te propasas con el mejor de los tios! Este es el pago que me das por haberte mondado como á una patata de la cáscara brutal que te cubria de pies á cabeza! Si cojo las disciplinas, no has de ir por la penitencia á Roma.

—No se incomode V., tío de mi vida; pero si ha dicho tales cosas, que no las diria el mayor pollino que viste albarda. Despues de hacer los elogios de nuestra pobreza, y despreciar lo que tanta falta nos hace, se atreve V. á proponerme si me cambiaria por un ministro ó por un príncipe? Para hacer semejante proposicion, es necesario tener el meollo en los talones, ó estar hecho una cuba. Por mas que V. se esmere en hacer el panegirico del agua y de nuestras chirivías, estas siempre serán chirivías, y aquella un criadero de renacuajos; y á buen seguro que yo no titubearia lo que monta un cabello para trocar esta bazofia por una hermosa magra de jamon, aunque tuviera una tercia en cuadro, tres dedos de grueso y media docena de huevos estrellados encima con su colita de Valdepeñas. En cuanto á lo de ministro y príncipe, sería necesario estar beodo para dudar en la eleccion, y si V., esférico tío, tuviera que andar como yo atollando calles y plazuelas con una rebanada de queso mas duro que asta de cristiano, ya optaria por un cochecito aunque fuera de cartulina, y aunque tuviera peor movimiento que los carros de correos, que pueden considerarse como potros de tormento.

—Veo, Serapio, que en tí se cumple muy bien aquello de quien tuvo y retuvo, porque siempre asomas el bestialismo en el momento en que abres la boca. ¿Has meditado bien el descanso con que te tiendes á la bartola, y los pacíficos rebuznos, que tal pueden llamarse tus ronquidos, con la vida zozobrosa y los sobresaltos de aquellos que han de regir una nacion?

—En cuanto á los sobresaltos, concedo, porque una gran parte del tiempo la pasan bailando; pero en cuanto á lo demás, me parece que tiene V. los papeles muy mojados.

—Pues te repito que á pesar de todo, su vida es muy intranquila, y que cuando están en esos bailes que tú dices, no se divierten como á tí te parece, sino que están en continuo padecimiento.

—Pero venga V. acá, tío berengena, si eso fuera como V. lo pinta, perderian los hombres su opinion y su honor, como lo hacen continuamente, por llegar á esos puestos, comitiendo acciones rateras, vendiendo á sus partidos, á su patria, á sus amigos, á sus padres, á sus

hijos, á sus abuelos, á sus perros, á sus gatos y aun á sí mismos, como lo hemos visto tantas veces? No ve V. cómo por ocupar las poltronas, intrigan, se gruñen, se ladran, se muerden, se coccan, se desgañitan, se ahorcan, y serian capaces de llevar á V. á cuestras hasta la cumbre del chimborazo, si en ello consistiera el repantigarse en aquella butaca de merengues, que para mí ha de ser la verdadera ciudad de Jauja, que en otro tiempo vió en sueños nuestro amigo *El Tío Camorra*! No se convence V. de que esos puestos, en vez de ser zozobrosos como V. dice, son una tira sin fin de alfenique, huevos moles, tetitas de vaca, turrón del cielo y otra multitud de chochos riquísimos que hacen caer la baba de gusto á los que tienen la chiripa de dulcificarse con ellos? Quiero que V. confiese, tío mío, que no entiende una palabra de melopías. ¿Y qué me dirá V. del desprecio con que pueden mirar á los demás hombres? ¿Pues no es una gloria atropellar con su coche á cualquier quidan sin que este pueda decir esta boca es mía, so pena de merecer su indignación; y por último, el considerar á todos los demás como á nietecillos de sus zapatos? Si V. hubiera visto el otro día á cierto personage bajar de su coche, atravesar por la pequeña guardia, que se formó al verle, sin dignarse hacer la mas leve indicación de correspondencia, y tomar un memorial de una señora que le aguardaba sin mirarla siquiera á la cara ni detenerse lo mas mínimo, ya hubiera V. envidiado su posicion como me sucedió á mí, que no me cansaba de admirarle y considerar lo repleto que llevaria su estómago cuando yo estaba sin poder alentar de gazuza.

—Y ese personage, era algun funcionario público?

—Yo lo creo; pero no quiero decir su nombre aunque V. me sonsaque, porque segun el gesto debe tener muy malas pulgas, y no quisiera incomodarle. Lo único que diré á V. es que su figura es gallarda á pesar de su aspecto amenazador; que está recién casado, de lo que me alegró mucho, porque tal vez con las caricias de su amable señora se dulcifique algun tanto la cólera que le indigesta; en fin, tío, es un señor que pasa muchas veces por la bajada de S. Martín, y que ha tenido el capricho de hacer escribir su nombre en el suelo.

—Pues has de saber, Serapio, que ese caballero, sea quien quiera, puesto que te obstinas en callar su nombre, carece de una de las principales prendas que deben adornar á toda autoridad. Esta prenda es la amabilidad y tolerancia con los que tienen la desgracia de hallarse en su presencia, y que por otra parte son sus verdaderos amos, porque las autoridades, sea cualquiera su categoría, no son otra cosa, por mas que su orgullo y envanecimiento les persuada de lo contrario, que unos criados públicos de todas las clases que contribuyen á su mantenimiento, y que han tenido á bien conferirles los cargos que desempeñan, pero que pueden privarlos de esta gracia tan luego como no satisfagan el objeto para que fueron elegidos.

—Por eso sin duda, tío, se ven por el mundo muchos personajes que en otro tiempo hicieron gran papel, como corregidores, patriarcas, obispos, generales y aun reyes, que por no haber tal vez llenado las condiciones, ó por un capricho de sus amos, estos los han despedido, y andan hechos unos p-tates sin que nadie los mire á la cara.

—Justamente, Serapio; y por lo mismo debieran, cuando están en su apogeo, crearse muchos amigos, sufriendo con paciencia las imperatinencias de aquellos que tanto sufren para ganarles la subsistencia, y mantenerles con el decoro que exigen sus respectivas clases.

—Serapio dió á este tiempo un estornudo con el cual apagó la luz, y fue preciso terminar la sesión hasta otro día.

Adelantos del siglo.

— ¡Buenos días, querido tío! cómo ha pasado V. la noche?

— No muy bien, hijo de mis entrañas: las chinches, y las pulgas, y las correderas, y los mosquitos, y las polillas, y los ratones, y las lagartijas, van á concluir con mi delicado cutis: te he dicho quinientas veces que es necesario que armemos una batida en el cuarto para es-terminar tanto bicho inundo como en él habita, pero tú por lo visto te has confabulado con ellos para enviarme á la sepultura: figúrate que esta noche pasada se me han metido algunos de ellos hasta en las narices... Oh! esto es insoportable, y voy á disponer inmediata-mente...

— Deje V. de disponer nada, que dentro de un rato iré yo mismo á comprar esa agua que venden en la calle de Tudescos, con la cual dicen, que lavando la cama, los colchones, el suelo, las paredes, el te-cho, las ropas, la escalera y la puerta de la calle, perecen todos los insectos habidos y por haber.

— Pues qué, sobrino mío, la venden por cubas?

— No señor, en frasquitos pequeños; pero en comprando dos ó tres mil...

— Serapio! ya me figuraba yo que saldrias con una de tus sandeces; aunque eso fuera como lo cuentas, y pudiéramos acabar con los bichos que acosan y perturban mi sueño, el mal continuaria para mí, puesto que tú seguirias vivo...

— Conque es decir que yo soy el contra de V.: pobrecillo mío!... Y diga V., conforme han inventado ese agua mortífera para los insectos domésticos, ¿no podria inventarse tambien otra, ó una patata envene-nada, ó una calabaza dañina, para concluir con los bichos públicos; es decir, con los ratones, lagartijas, chinches y pulgas gordas que hay en este Madrid? porque mire V. que bien reflexionado, pululan en la corte bichos malos, que es un contentor... y qué nombres tan raros tie-nen... unos se llaman ministros, otros generales, otros empleados, otros escudriñadores secretos... Oh! pero ningunos son tan malos como los insectos que se llaman ministros; estos son los que mas pican y des-truyen la belleza de las instituciones...

— Serapio! no olvides que el viernes por la mañana en el despacho de cierta persona ofreciste no hablar de lo que no puedes; conque cier-ra los labios ó te descoyunto de un puñetazo.

— Eso es verdad, caro tío; pero aquí estamos hablando entre los dos, y no creo que esta conversacion pase de nosotros, á no ser que alguno de los escudriñadores que he dicho esté oyendo por un agujerillo, pues en ese caso...

— Dale, estúpido! dale de nuevo con el tema...

— Aquí llegaban en su conversacion estos dos infelices parientes, cuando llamaron á la puerta de la escalera. Fue Serapio á abrir, y á poco entró de nuevo en el gabinete de su tío.

— Quién era, querido? preguntó este.

— El cartero con una carta para V.

— Mucho ha madrugado hoy el correo.

— Qué está V. diciendo? si son las doce y media.

— De veras? pues yo creia haberme levantado mas temprano.

D. Cenon se colocó sus antiparras, rompió el sobre de la carta, y empezó á leerla: su contenido no debia de hacerle muy buen efecto,

porque de vez en cuando arrugaba el entrecejo de una manera tan extraordinariamente fea, que Serapio no pudo contenerse, y le preguntó: —¿Qué es eso, caro amigo? dan á V. alguna mala noticia en esa carta?

—Calla! calla! sobrino, exclamó D. Genon despues de haber concluido: hay cosas que repugnan tanto al buen sentido, que no puede uno menos de exclamar con Julio César: ¡Oh temporal! ¡Oh, mores!

—Diga V., quién fue ese Julian Cerezas?

—Julio César he dicho, torpe engendro del Paular: Julio César fue un célebre romano que, entre otras cosas, tuvo el mérito de introducir en Roma por primera vez el queso de Villalon, que vendia á dos reales libra en la plaza de S. Pedro; pero esto no hace al caso: lo cierto es que en esta carta se me revela un caso tan extraordinario en circunstancias, como tú lo eres en figura.

—Ya estoy reventando por saberlo.

—Oyelo pues: el dia 27 del pasado Junio se presentó en Tudela de Navarra un jóven que dijo llamarse Benito Burdeos, y ser de edad de treinta y un años.

—Ay! qué cosa tan rara!!!
—Calla y escucha, podenco: se presentó sin pasaporte, por lo cual fue condenado á ser conducido de justicia en justicia al pueblo de su naturaleza...

—Ay! qué cosa tan rara!!!

—Otra vez?... ya estaba fuera de Tudela en compañía de un alguacil que habia servido con él en el cuerpo franco de tiradores de Isabel II, cuando en el puente del Ebro fue detenido de nuevo, vuelto á Tudela y encerrado en la cárcel pública por una deuda de 24 rs. que habia contraído en una cantina...

—Pues señor, el lance no puede ser mas extraordinario.

—Vive Dios, sobrino, que si continuas en esa zumba, te descalabro con la badila... llegado á la cárcel y habiendo oido la orden de que fuese encerrado con los demás presos, pidió, suplicó, rogó, instó y volvió á solicitar que le pusieran en una estancia separada; pero viendo lo inútil de su empeño, el infeliz se vió en la, para él, dura necesidad de confesar... á que no sabes lo que confesó...?

—Ya lo creo que lo sé: dijo que padecía almorranas y por eso...

—Bruto eres en demasía!

—No, no señor; me he equivocado: declaró que era soltero.

—Basta de absurdos, Papamoscas: viendo el pobre preso, no solo que lo iban á confundir con los criminales, sino que iba á ser encerrado con una porcion de hombres, declaró que era UNA MUJER, llamada Francisca Burdeos.

—Una mujer! Jesús! eso sí que es raro.

—Sí, Serapiol una mujer que hacia diez y ocho años...

—Ave María Purísima! V. me ha dicho ahora poco que tenia treinta y un años, conque segun eso, fue hombre hasta los trece, en que se convirtió en mujer... ¡qué prodigio!

—No seas animal, sobrino: yo no digo que hace diez y ocho años que es mujer, sino que lleva todo ese tiempo de estar vestida de hombre. Oye lo que ha declarado. A los cinco años quedó huérfan, y pobre con dos hermanos: el mayor pasó á América, y el menor llamado Benito, murió pocos meses despues: sola la infeliz Francisca, pasó muy malos ratos hasta los trece años en que concibió el proyecto de fingirse hombre, adoptando el nombre de su difunto hermano Benito: hecho así, á los diez y siete sentó plaza en el cuerpo franco de Navar-

ra, continuando después, por estincion de este, en el titulado de Aragón, y acabada la guerra, en que además de haberse portado como el mas valiente, tuvo la suerte de no ser herido, con su licencia absoluta se dedicó á las labores del campo, sirviendo á muchos labradores, y engañándoles completamente respecto á su sexo.

—Ayl, qué sátropa será la tal Francisca Burdeos! —
—Admirate, Serapio! engañó hasta á su mismo hermano, ya vuelto de América, haciéndole creer que era Benito, y que Francisca habia muerto.

—Y que no se ha! rá divertido mucho la niña por esos mundos con unos y con otros!

—Eso es cabalmente lo que mas la ennoblece, querido hijo mio: la conducta que se dice ha observado en los diez y ocho años de azares que lleva: reflexiona tú cuánta fe y cuánta abnegacion se necesitan para ocultar continuamente un secreto que la menor indiscrecion podia descubrir.

—Pues á mí que no me venga con esas la señora Francisca: alguna vez habrá dicho: aquí estoy yo, porque al fin, habiendo tratado con tantos hombres, alguno le habrá gustado, y...

—Para que veas, Serapio, hasta dónde ha llevado su disfraz, que no solo jamás probaba el vino para no esponerse á la embriaguez, sino que durante la guerra ha dormido siempre vestida y con sumo recato para no ser nunca descubierta...

—Tio, si yo hubiera sido soldado de su compañía, la descubro en un *santi amen*; cabalmente tengo yo un olfato que las huelo á la media legua.

—Calla! calla! sobrino: pues no habia visto una *post data* que hay en esta carta despues de la firma de mi amigo... á ver qué dice... «Debe notarse que nuestra heroína desempeñó su papel con tal maestría durante la guerra, que en los alojamientos dió en requebrar á sus patronas con mas alinco que sus camaradas; y últimamente, dedicada al servicio de mozo de mulas, llegó al punto de dar palabra de casamiento á una jóven de Tafalla, cuya broma convertida en veras, la obligó á mudar de residencia para no descubrir su secreto.

—Ayl! ayl! ayl! tio mio: esa mujer es un *mari-macho*; esa mujer no es mujer solamente; pertenece al género neutro por lo menos.

—Esa mujer, Serapio, es una heroína, como muy justamente la denomina mi corresponsal amigo: si su empeño en parecer hombre la hizo incurrir en la falta de engañar á una jóven, es perdonable si se atiende su virtud mientras la guerra, y sus proezas como defensora de la patria: no hicieron mas Juana de Arco, ni las que tan bizarramente defendieron á Zaragoza en la guerra de la Independencia.

—Esos son adelantos del siglo, Sr. D. Cenon, y nada tienen de particular; y si no, ¿á que no sucedia eso en los tiempos de Adán y Eva? ¿A que entonces las mujeres no eran mas que mujeres? ya lo creo! pero ahora todo va como Dios quiere: ejemplo *verei gratia*. ¿A que en los tiempos de Ovidio y de Plutarco no se publicaba ningun periódico *literario* con el título de *Cupido*, redactado, como sucede ahora, por imberbes mozalvetes, á quienes debería aplicarse aquello de *un azolito y á la cama*? ¿A que en la época en que florecieron Tito Libio y Guzman de Alfarache no se anunciaba una obra de *Paul de Kock* dándola el título del *Hombre casado*, como la mas llamante y festiva de este autor, siendo la mas grave y quizá la mas antigua? ¿A que entonces no se engañaba al público de esta manera?

—Qué diablos de retahíla estás ensartando ahí de *Cupidos*, *Plutar-*

cos, Tito Libio, Paul de Kock, Hombre casado y Guzmán de Alfarache? ¿Qué es eso de novelas que me dices?

—Oiga V.; para probarle que los adelantos del siglo lo pueden mucho, diré á V. que el Sr. Alonso, editor del *Diario oficial de avisos*, ha publicado hace poco una novela de Paul de Kock, titulada *Un hombre casado*, que dijo ser una de las más festivas y modernas de este ingenio: un amigo mío, apasionado en sumo grado á las obras de Kock, la compró inmediatamente, y leyó con gusto, si bien observó que era grave y filosófica, en vez de alegre que esperaba: la guardó sin embargo; y como siempre anda á caza de producciones de aquel chistoso novelista, compró en seguida otra novela del mismo autor que le vino á mano, titulada *El cornudo*, edición de 1842. Empezó á leerla, y contémp'le V. su sorpresa cuando vió que era la misma que con el título de *Un hombre casado* acababa de publicar el Sr. Alonso! Esto, ¿qué significa?

—Significa, hijo mío, que el nuevo traductor de la obra ha querido variarla el título.

—No señor, no es tal cosa; es que se ha querido especular con el público dándole *gato por liebre*; es decir, viejo por nuevo, serio por alegre; significa que los adelantos del siglo nos van haciendo ver cosas admirables: por eso no me sorprende que la tal Francisca Burdeos, de que habla esa carta, haya campado por sus respetos durante diez y ocho años sin ser descubierta. ¡Qué lástima, tío, que yo no hubiera sido patrona suya alguna vez! aseguro á V. que me dejó seducir, y entonces hubiéramos visto de qué modo se manejaba el supuesto soldado para salir del apuro. No quisiera mas sino que todos los soldados del ejército fueran Franciscas Burdeos, ó Pepas Bayonas, ó Marfas París, y ya estaba yo sentando plaza de ranchero en cualquier regimiento!

—Serapiol veo que vas sacando los pies del plato, y extraño altamente tu lenguaje: jamás te he visto inclinado al bello sexo, sino de algun tiempo á esta parte, y eso me prueba que te vas estraviando por ahí.

—No señor, no me estravió; pero ya se ve! como hay algunas tan guapas, y tan *caramelosas*, y tan *dulcecitas*, y con unos ojitos, y una boquita que están diciendo *comedme*, y unas cositas tan bonitas!... vamos, tío, dejémonos de conversaciones, porque...

—Serapiol! Serapito!... hijo de tu madre! qué es eso? de cuándo acá tal manera de pensar, de ver y de producirte? quién te enseña esas cosas?... apuesto algo á que es ese *camastron de impresor* cuando vas á la imprenta por las pruebas del periódico! yo leaju-taré las cuentas! conque te está pervirtiendo? muy bien: yo le diré cuántas son cinco, y á ti cuántas son diez y siete!... quítate de mi vista, inocente cabra descarriada! ahora sí que te puedo yo aplicar lo que há poco decías tú para otros; *Adelantos del siglo!* pronto! auséntate de mi presencia.

Papamoscas no esperaba tan buena *filípica*; así es, que sin atreverse á contestar, salió medio llorando del gabinete.

La farola.

Después de haber examinado D. Cenón como inteligente la farola de la puerta del Sol, y de aprobar la brillante idea de iluminar un sitio que tanto lo necesita por lo peligroso que es de noche el cruce continuo de los coches, opina que puede hacerse la luz de una intensi-

dad mas que doble, haciendo colocar todo alrededor del farol, desde el arranque de su corona, un reverbero blanco de dos varas lo menos de saliente, y en forma de una *escocia elevada*; por este medio todos los rayos de luz que ahora se pierden en el espacio, serán reflejados hácia abajo, aumentando extraordinariamente el efecto luminoso. Con esta mejora se conseguirá tambien la de economizar el gas, que ahora para producir mas efecto se consume inútilmente causando una gran cantidad de humo, que no debe aparecer en un alumbrado de esta clase, cuando la combustion se verifica con arreglo á la cantidad de gas que se necesita. Este reverbero puede ser de cualquiera sustancia que resista á la intemperie, pintada de blanco lo mas puro posible, y nada importa que no sea brillante. Si esta mejora se quiere tener en consideracion, D. Cenon ofrece ayudar con sus cortos conocimientos á los señores encargados de la comision, sin que por esto crea necesarias sus instrucciones.

Teatro de la Cruz.

El sábado anterior estuvo D. Cenon en dicho teatro á presenciar la ejecucion de la ópera *Attila* del maestro *Verdi*, de la que salió, en general, complacido: el primer tenor de la compañía, *Sr. Carrion*, á quien ya tenia el gusto de conocer, le agradó bastante, como igualmente las reformas hechas en la orquesta por su director el *Sr. Basili*, que la ha mejorado considerablemente con la adquisicion del célebre primer flauta español *D. Pedro Sarmiento* y otros varios profesores distinguidos; no le parecieron tan bien los coros, á pesar de su aumento y de la escelente direccion del *Sr. Gaztambide*, á quien desea la paciencia de *Joh* para poder domar á algunos individuos, que mas disposiciones presentan para escaroleros que para coristas. El resto de la compañía está ya juzgado por el público, en dicha ópera, y por lo tanto guarda silencio mi tío sobre el particular. —Firmado. —*Papa-moscas*.

ANUNCIO.

Industria. Doña Norberta Murga, que ha merecido gran aceptación en esta corte por su habilidad y delicadeza en limpiar la dentadura y poner dientes artificiales, dejando muy satisfechas á cuantas personas se han valido de ella para este objeto, ofrece su habitacion en la calle de los Leones, núm. 11, cuarto segundo.

Nota. Se ha hecho una rebaja en los dientes; su precio es de 20 rs.; igual cantidad por limpiar la dentadura. Tiene tambien un eficaz remedio para el dolor de muelas, otro para asegurar las que se mueven, y cajas de polvos para limpiar y conservar la dentadura despues de quitado el sarro, á 4 rs. cada una.

Se publica martes y viernes. Se suscribe en la redaccion, plaza de Isabel Segunda, núm. 6. — Librerías de Cuesta, calle Mayor; Rodriguez, calle de Carretas, núm. 4; almacen de música de Carrafa, calle del Principe, núm. 13, y en el almacén de papel de Ruiz, calle de Toledo, núm. 34.

Madrid. — Imprenta de J. M. Ducazal, plaza de Isabel II, núm. 6. — 1848.